

mento de la invasión francesa, en su propia guerra civil, no iban a reconocer jamás el Imperio; y que su influencia apoyada en la Doctrina Monroe que proscribía la intervención de Europa en América, iba a ser el factor más determinante de su abandono.

Cuando pasó por Gibraltar en abril de 1864, Castelar le envió la carta citada que debió afectarlo profundamente: "No prosigas por ese camino sembrado de precipicios, te espera un trono a tu llegada, pero como el de Iturbide, vacilante y combatido; tu trono se derrumbará en un abismo".

Y en sus oídos repercutían dolorosamente aquellas coplas que cantaba el populacho italiano a las puertas de su castillo en Trieste:

Massimiliano, non te fidare.
Torna al Castello de Miramare

Pero su destino había sido trazado. Nada detendría ya a la imperial pareja en su tragedia. Desechaban su legítima corona de archiduques a cambio de otra que iba a resultar de humo.

VIII

EL VIAJE

DESDE principios de su proclamación como Emperatriz de México, Carlota pareció ser la verdadera Soberana. Maximiliano se mostraba pasivo e indolente, abatido y triste; y no quiso recibir a las autoridades de Trieste y a las diputaciones de Venecia que vinieron a despedirse y rendirle sus respetos. Ella, en cambio, con sonrisas de triunfo, saboreando plenamente aquella gloria, recibía a todos, se multiplicaba en nerviosa actividad; acogía con orgullo mal contenido las diarias demostraciones de vasallaje que se le rendían. Era ya una reina y, en su embriaguez, preparaba el viaje a aquel país desconocido y remoto que irradiaba en su imaginación como un emporio de riqueza, como algo feérico y bellamente exótico.

Más tarde, en México, mientras Maximiliano prefería irse a comer al aire libre, o bañarse en la centenaria piscina de la Malinche, bajo las frondas de los ahuehuetes de Chapultepec, o huir de la altura y el frío clima capitalino para extasiarse con los bellos parajes de Cuernavaca, de Orizaba, o de las diversas haciendas mexicanas que le eran más gratas, ella se quedaría en el Alcázar, o en Palacio, al frente de los destinos del Imperio.

El 14 de abril de 1864, embarcaron en la fragata *Novara* rumbo a Veracruz. Iban escoltados por el barco francés *Themis*

y a bordo se encontraba un numeroso séquito que por de pronto formaba la corte imperial: Velázquez de León, Ministro de Estado; el general Woll, ayudante de campo; el conde de Zichy, gran maestro de la casa imperial; el conde de Bonbelles, gentilhombre de la corte de Austria y sobrino de María Luisa, esposa de Napoleón I; el Marqués de Coria, al servicio de la Emperatriz; el Consejero de Estado Schertzenlechner; y los señores Eloin, secretario particular, Iglesias, subsecretario de Estado, Kuchacsevich, tesorero de la corona y ayudante de campo; y chambelanes, médicos, camareros, a más de todo un cuerpo de empleados y servidores.

En Roma oyeron misa y comulgaron en el Vaticano, asistiendo después a un solemne *Te Deum*. Pío IX, al darles su bendición, les prometió atender favorablemente el conflicto religioso de México.

Carlota escribió a su abuela María Amelia, que el viaje se desarrollaba en forma muy feliz. "Me ha dado nuevas fuerzas para llevar adelante mi gran misión", decía.

La gran misión de Maximiliano y Carlota era la de acallar una erupción volcánica de un país que tenía más de cincuenta años de vivir en la turbulencia y el tormento de inacabables guerras civiles. Y la de enfrentarse a un hombre como Juárez que con su fe inquebrantable en la victoria de su causa, con su firmeza y energía a toda prueba, se erguía como un prodigio de unificación en una nación hasta entonces dividida.

El 24 de abril atravesaron el Estrecho de Gibraltar. El 28 de mayo la *Novara* avistó las costas de Veracruz y echó anclas frente a la fortaleza de San Juan de Ulúa.

Después de oír misa a bordo, desembarcaron a un puerto un tanto indiferente, a pesar de las demostraciones oficiales y a la compacta muchedumbre que atestaba los muelles, pero que sin embargo, lo vio llegar con más curiosidad que con entusiasmo.

El calor tropical era agobiante y las negras siluetas de los zopilotes que revoloteaban sobre las palmeras o descendían luego hasta la propia ciudad sin que nadie lo impidiese deben haber impresionado mal a los Soberanos porque quisieron continuar su viaje a México sin más dilación.

Por otra parte, aquel primer contacto con sus nuevos súbditos, tan ajenos al protocolo de las cortes europeas, los desconcertó un poco. Para la enhiesta Carlota debe haber sido muy molesto sudar a chorros y vivir unas horas de zozobra ante el temor de contraer la terrible fiebre amarilla que entonces assolaba la región. Y luego, ¡qué mal habían preparado los franceses al comité mexicano de recepción! Una de las señoras veracruzanas de la comitiva, acercándose con inefable candor a la Emperatriz, le preguntó: "¿Tiene usted mucho calor, Carlota?"

Maximiliano, con su espíritu liberal, con su bondad y sencillez innatas, y con aquella frivolidad característica que le hacía negar importancia hasta a las cosas más trascendentales, debe haber acogido sonriente la ingenua ignorancia protocolaria de la veracruzana. No así Carlota que esperaba encontrar cortesanos reverentes al estilo de Europa, y sólo descubrió a mexicanos de provincia, vestidos de gala como para una feria, pero bien ajenos a las formas y a la etiqueta de los cortesanos.

Se manifestaba así, irremisiblemente, con aquel acto candoroso de familiaridad, que el Imperio, con todo y su pompa, no se tomaba en serio más que en la mente de los entreguistas o los invasores.

Bien pronto sabrían los flamantes Emperadores, que su corona era ilusoria y que su Imperio se levantaba sobre cimientos de cartón.